

Epílogo de “El gallo negro de Oriente”: Batalla de Bachir Attar y el gallo de Calcedonia contra los cactus.



Entonces Bachir le dijo:

—No sufran en vano, si fracasaron con una obra de Platón, todavía pueden triunfar con una novela de Panait Istrati.

— Gracias ¡oh Bachir! — dijo la gitana. — Siempre te recordaremos emocionados como el payo que pasó una vez por nuestras vidas y dio el buen consejo.

En lo alto, la luna brotaba llena y brillante detrás de una nube, y Corpiña le gritó a Bachir:

— ¡Amado mío, cuídate y vuelve pronto!

Ya en el desierto, Bachir paró para darle agua al gallo.

El gallo estaba mejor y preguntó luego de dar las gracias:

— ¿A dónde vamos?

— Al otro lado del desierto, a la ciudad de Pipalandia.

— Pero atravesar el desierto es peligroso — dijo el gallo que tocaba la lira. — Mira eso...

¿Qué había visto el gallo, que quedó como paralizado?

Frente a ellos había un cactus. Debajo, sobre la arena, se encontraban dos esqueletos: uno era de hombre y el otro de un gallo. ¿Era esto, acaso, una advertencia del destino? No obstante, se siguieron internando en el desierto, hasta que se quedaron sin agua. Entonces Bachir abrió un cactus y este tenía un depósito de agua. Su sed se calmó, pero el cactus era alucinógeno.

Bachir Attar y el gallo tuvieron, los dos, la misma alucinación. La noche caía sobre la arena blanca, y los cactus los rodeaban y se les

venían encima. Estaban animados y se mostraban de forma amenazante. Atacaban como una banda de ladrones, con sus brazos verdes y sus ojos rojos.

Bachir luchó con su cuchillo y el gallo con sus espolones. A cada golpe de los cactus se le clavaban nuevas espinas. Les cortó también algunos brazos y el desierto se convirtió en un campo de batalla.

Cuando todo pasó, Bachir se quedó dormido toda la noche lleno de pinchazos. Pero al despertar, notó asombrado y apesadumbrado, que el gallo de Calcedonia había muerto.

Estaba clavado en un alto cactus, con el corazón traspasado por una gran espina, como si se tratase de una estaca.

De modo que así murió el gallo de Calcedonia, como un sombrero colgado sobre un perchero.

Entonces Bachir se vio obligado a seguir tomando agua de cactus y tuvo alucinaciones durante el entierro del gallo.

Una nube blanca procedente de la antigua Bitinia, región histórica del Asia Menor, traía siete gallos, cada uno hecho de distinto material. Estos gallos venían al entierro del gallo de Calcedonia y eran gallos de la mística y el esoterismo psicodélicos.

Estaban allí: 1º, el gallo de Nicomedia; 2º, el gallo de Nicea; 3º, el gallo de Brusai; 4º, el gallo de Heraclea del Ponto; 5º, el gallo del mar de Mármara; 6º, el gallo del Mar Negro; 7º, el gallo del estrecho de Bósforo.

Ahora vamos a una lista del elemento con que estaba formado cada gallo: 1º, era de mica; 2º, era de feldespato; 3º, era de azufre; 4º, era de azafrán; 5º, era de plomo; 6º, era de carbón; 7º, era de esmeraldas.

Y sus símbolos eran: 1º, el prisma triangular de cristal o el arcoiris como puente; 2º, el caleidoscopio de telarañas fluorescentes o posibles diseños de tramas de medias de mujer; 3º, el kinetoscopio o el zoótropo: contando la importancia del gallo en la creación del universo; 4º, una calavera con los labios pintados; 5º, el arpa o la lira bajo una lluvia de maíz; 6º, el agujero negro del cosmos o una mano con un guante negro arrojando un trompo negro: simbolizando los infortunios de la ignorancia; 7º, lava roja de volcán cubriendo un reloj de sol con una peluca blanca.

GERARDO BALAGUER



Nº 7 - BUENOS AIRES/2015 - GRUPO SURREALISTA DEL RIO DE LA PLATA

El surrealismo bajo las piedras.

Inútil parecería preguntarse sobre los “Límites = no fronteras del surrealismo” en el ancho contexto de la actividad internacional, o probar de hacerlo desde esta primavera septentrional en las márgenes de un mundo que ostensiblemente se *desahace* — y cuánto más desde la siempre frágil situación de un egrégono minúsculo.

Por lo demás: ¿Cuánto hay de colectivo y cuánto hay de solitario, de concertado o de aleatorio, o de fugaz o permanente, cuando el surrealismo en tiempos aciagos siempre discurre *bajo las piedras*?

Y es así que aún a pesar de las más disparatadas discrepancias, de los súbitos rechazos, escandalosas o sordas rupturas, acusaciones mutuas o cruzadas, desconfianzas paranoides y todo aquello que constituye escalas o momentos en nuestras más bellas tradiciones, justo es reconocerlo: *bajo las piedras* — y a pesar de todo, inclusive a veces contra todo — siempre se agita un extraordinario dinamismo — el mismo que nos excede, el mismo que nos sobrepasa.

Historia, la nuestra y la de nuestro tiempo, que no cesa de retorcerse la cola, de

un modo a veces exasperante, buscando dar cumplimiento a todas las inquietudes de la vida social y cultural. Ausencias que se hacen gritos, relámpagos amortiguados, señales de lo nuevo, que es necesario identificar e interpretar a todo momento.

Allí siguen desarrollándose aquellas actividades repertoriadas del surrealismo: los sortilegios del juego, el azar objetivo, el automatismo, la indagación psicosocial en los meandros desconcertantes de las ciudades — siempre que por ellos circule verdaderamente el deseo, y no sea un mero homenaje rendido a una cómoda y formal «tradición».

Regresar a los «precursores» y a las fuentes para redescubrirlas, no para sacralizarlas.

El surrealismo no debe ser sacralizado ni historiografiado como si fuese una civilización antigua, ni como un «tesoro» que haya que guardar. Todo su poder reside en el corazón del hombre — insondado y profundo como los abismos del mar.

JUAN CARLOS OTAÑO



Collective Tango in Buenos Aires City – To Stuart Inman

?

“En estos modos de acción, que podríamos calificar de « no violencia activa », de actos que no son legales pero que defendemos como legítimos, en la más perfecta y tranquila imbecilidad que nos caracteriza, nos parecen una forma posible de rebelión”.

M.-D. MASSONI

Sentimientos positivos para John

Amor búho amigo
Zafiro límpido y cegador
Hombre de desdenes de medallón
Y crueles razones de pulpo
El oído complicado del alma femenina
Brilla extraordinariamente
En el cuello de tu índice
Ninguna agitación sabría confundir la íntima familiaridad de nuestras horas oscuras

Ni quebrar el círculo de la piel tirante
Círculo de chispas de altar
Tapiz brillando en las desgarraduras de la carne
Amigo hermano amor
La extraña escritura de nuestras lenguas
Borroneadas de volubles coqueterías de plumas
Sobre la palma de rata silbadora
Ondula
El muro audaz del semisueño

Interrogo tus ojos verdes
Espasmo lento de una esclusa
Silencio futuro de mi muerte

Hermano indiferente amigo
Tengo deseos de llorar

La pintura al agua es fácil de limpiar
No soy más que una mujer desnuda
Al fin
Rayos verdes que surgen de tus ojos
Una mujer desnuda pintada por la mano de un desconocido

JOYCE MANSOUR

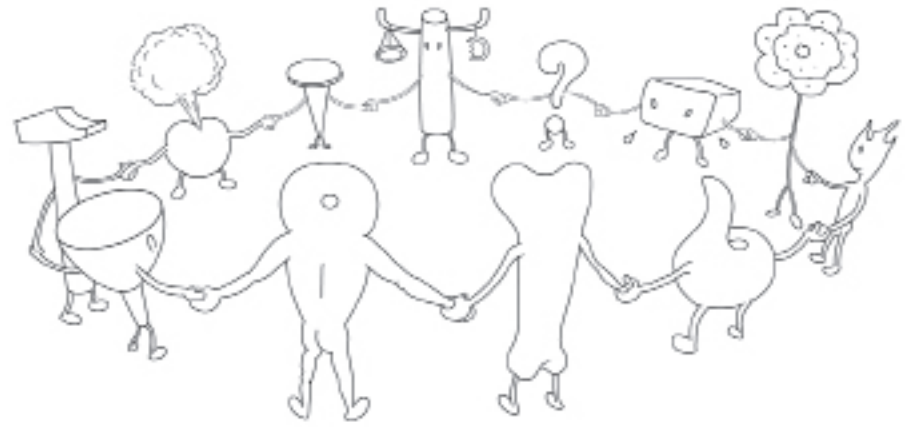


en el agujero

piezas de un enigma de años que se vierten en la noche
yo mismo entro en mi casa y me saludo
un gesto de inteligencia cuándo has vuelto qué poco tiempo
y enseguida mis ojos dan a luz un fuego
que no se apaga nunca estoy soñando
con largas avenidas azules en las que los niños juegan
al deseo y yo siempre estoy cansado
mi cuerpo se corrompe ya lo veis como cualquiera
en la escalera la luz de la tarde me devuelve a ciertos seres
algunas estancias el fin del paraíso
tengo el paladar quemado por la niebla
lo más extraño es que también me cae sobre los hombros
la huella de un error antiguo
la caricia que más deseo es la tuya
aire de las calles cabellera circular
en la que mis piernas se alargan para tocar
los reflejos y la niebla más allá de las cabezas
estoy contento por primera vez soy un árbol sin pájaros
bajo la construcción del mañana una mirada
un roce es suficiente para recuperar la llama
en la ceremonia secreta de los soles

JULIO MONTEVERDE

Algunas observaciones a partir de la implementación del Calendario del Teatrillo rioplatense de entidades. Oficina de Hemerología del Tre. Buenos Aires. Año 1. (Quinta parte).



El 60

Los sumerios tuvieron al 60 por un número sagrado e hicieron uso de la base sexagesimal para sus cálculos astronómicos. A diferencia de los últimos doscientos años en que el 100 se volvió una norma luego de la imposición del sistema métrico francés. De Sumeria heredamos la división del círculo en 360 grados y los 6 ángulos de 60 grados que lo conforman y que aún mantienen con otras divisiones su presencia en geometría, en geografía – con la latitud, longitud– y en el uso horario. Esa base de 60 era a su vez sostenida por la base del 12. Doce constelaciones, doce dioses, doce meses. La división del equinoccio en doce horas iguales y cada hora en la división de 60 partes dio –a futuro– lo que llamamos minuto. ¿Por qué los babilonios confiaban en el sistema sexagesimal? No se sabe. Nosotros, por ejemplo, desconfiamos del número 13 y por eso recurrimos a un sistema triscaidecimal para medir el mundo, del cual también desconfiamos.

En cuanto a la concepción de las horas, los romanos, llevados por la tradición sumeria, dividieron también las horas diurnas en doce. Su duración exacta, según fuese invierno o verano, era diferente. Las llamaban hora prima, hora secunda, hora tertia, y así hasta llegar a la duodécima. La hora sexta marcaba la mitad del día y es esta la que impuso entre nosotros, tal como su nombre lo indica, la costumbre de la siesta. Lejos de esta sana costumbre el apogeo británico recurrió a la novedosa invención del reloj para fundar el capitalismo, el horario de entrada y la demorada salida, el muy imperioso *five o'clock tea* y una obsesión por la puntualidad no muy del gusto latino. En el Río de la Plata, por ejemplo, llegar al tiempo de uno es una modalidad especulativa, la cual aspira en su ideal a por lo menos un empate de demoras con respecto al otro.

Quizá no nos desviemos demasiado del tema que nos ocupa si mencionamos la *gnomónica*, el arte que hasta hace poco menos de un siglo se ocupaba de la confección de los relojes de Sol. Los hubo de muchas formas, circulares, ovales, en gajo, cuadrados. Ubicados al ras del suelo, sobre mesas marmóreas, tallados en madera, empotrados y verticales en la argamasa de los edificios públicos, o secretos, en el recodo de un jardín. Era común acompañar al reloj con un lema que ponía al contemplador en un instante de reflexión. Los cuadrantes solares poseían motivos muy del gusto del Teatrillo. Frases como *yo soy la luz, vos sos la sombra*, o el mensaje opuesto: *yo soy la sombra. Vos, la luz*. Las variaciones se daban se-

gún la sensibilidad del constructor o el propietario en versiones que agotaban una idea: *El sol es mi guía, el vuestro es la sombra*. O el más humilde: *Para vosotros la luz, para mi la sombra*. Algunos, como el cuadrante de Pocitos, en Montevideo, erigido por el cosmógrafo Alberto Reyes Thévenet, rezaba *Sicut fluctus Tempus transit* (El tiempo pasa como las olas) y estaba ubicado estratégicamente frente al río que los orientales llaman mar.

Durante el generoso lapso que duró el arte de la gnomónica la rosa horaria fue el espacio epigramático para reflexionar sobre el tiempo. El poeta Robustillo tenía uno de marcado tono existencialista en su patio de Boedo cuyo mensaje expresaba: *¡Ay, Tiempo!, vos estás, pero no hay que decir que estás porque con vos viene el vacío*. El pensamiento nos retrotrae a un verso de Lamartine: *¡Oh, tiempo, vos no existís, no sos sino el vacío de lo que no existe, esperando lo que debe existir!* Una divisa más optimista en el cuadrante de una quinta de Belgrano prometía en relación a las horas: *Una dabit quad negat altera* (Lo que una niega, lo dará la otra). Otro, en una casona de Flores, era aún más expansivo: *Horas non numero nisi serenas* (Sólo indico horas plácidas).

Hoy día, el paso de las horas nos marcan más bien un estímulo urgente: *¡arriba!, ¡idesayuno!, ¡itrabajo!, ¡ies tarde!, ¡ia casa!, ¡ia dormir!*. En homenaje a aquel arte anterior, un cantero de nuestra Oficina, un escueto espacio verde al que no nos atrevemos a llamar jardín, cuenta con un gnomón pequeño, manufacturado en China, cuya sola virtud, ya que al parecer marca horas imposibles para este hemisferio, es su elegante y transcultural lema horaciano que exclama *Carpe Diem*. Uno de nuestros poetas garabateó a su vez otra divisa en el semicírculo vacante que registra el paso de las horas: *estas no sienten pena por nadie*.

“No queremos preservar en nuestro ciclo un calendario cuya arbitrariedad no es la nuestra, cuya disposición apela a sentimientos que nos son ajenos. Queremos denotar nuestro Tiempo con la autonomía de nuestros propios despropósitos y otorgarle, al Tiempo, el oficio de nuestra particularidad”.

(Aplausos en la sala)
Palabras enunciadas durante el discurso inaugural en la cena del primer día del Año Cero.
Buenos Aires, Nada de la Primera del Año Cero.

VICENTE MARIO DI MAGGIO
Director del Teatrillo rioplatense de entidades.

CON ESTA ÚLTIMA PARTE CONCLUYE LA PRESENTACIÓN DEL CALENDARIO DEL TEATRILLO RIOPLATENSE DE ENTIDADES. UN APÉNDICE CON INSTRUCCIONES PARA SU USO, EN FORMA DE CUADERNILLO, PUEDE SER SOLICITADO SIN CARGO EN NUESTRA REDACCIÓN.